

SEBAS LORENTE

8 DÍAS

LEVANTÁNDOME DE #BUENHUMOR
ACTITUDES Y VALORES PARA CRECER COMO PERSONA



UNA FORMA DISTINTA DE ENFOCAR
TU DESARROLLO PERSONAL

Sebas Lorente

8 días levantándome de #BuenHumor

Actitudes y valores para crecer como persona

© 2018 CONFERPLUS, S.L.
Autor: Sebastián Lorente

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2018
Alienta es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.
Grupo Planeta
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16928-60-6
Depósito legal: B. 6.330-2018
Primera edición: marzo de 2018
Preimpresión: Pleka
Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SUMARIO

Introducción	13
1. Disfrutar	23
2. La edad	57
3. Creer	69
4. Agradecer	83
5. Aprender	109
6. Liderazgo	145
7. Reflexionar	169
8. Hacer	199
Epílogo	227
Agradecimientos	237

1. DISFRUTAR

19.810 días levantándome de
#BuenHumor. Si valorásemos más lo
que tenemos, no nos quejaríamos
tanto de lo que no tenemos.

A las once y media de la noche era todavía demasiado temprano para que empezara a animarse el ambiente en la calle Dos de Mayo de Sitges. Sin embargo, decidí igualmente ir a darme una vuelta por el bar Prisma para ver qué panorama me encontraba por ahí. Mi casa se hallaba escasamente a un par de minutos a pie de allí, y eso favorecía que muchas noches, antes de irme a dormir, me acercara por la principal zona de ocio del pueblo para ver si surgía algún plan, casi el que fuera, que me pudiera servir de excusa para salir una noche más; lo que, en honor a la verdad, ocurría con relativa frecuencia —desde luego, mucha más de la que les hu-

biera gustado a mis padres—, habida cuenta lo poco que necesitaba yo, a mis veinte años de edad, para apuntarme a cualquier plan nocturno que me pudieran ofrecer.

La calle Dos de Mayo, o «calle del pecado», como se la conoce popularmente, ya era entonces un referente de la vida nocturna sitgetana, y su fama como templo del libertinaje y el desenfreno se había extendido por buena parte del territorio nacional e incluso internacional desde finales de los años sesenta y principios de los setenta. Especialmente en los meses de verano, los numerosos extranjeros que llegaban a Sitges en busca de aventuras y experiencias como las que en más de una ocasión habrían oído que se vivían allí, llenaban de vida y colorido las noches de la calle del pecado, para regocijo de los más asiduos del lugar, que se mostraban encantados de aportar su granito de arena para que los turistas se marcharan de Sitges con alguna historia que contar o con el recuerdo de una noche inolvidable.

La famosa calle en cuestión apenas tendrá unos cien metros de longitud, en los que, especialmente en aquella época,¹ se concentraban pared con pared y

1. La acción del presente capítulo transcurre en 1983. La calle mencionada de Sitges es el actual carrer del Primer de Maig, que se llamó durante el franquismo calle Dos de Mayo, y recibió desde finales de los años sesenta el sobrenombre de «calle del pecado». En la actualidad, si bien continúa siendo una de las zonas nocturnas por excelencia del pueblo, ha

frente a frente numerosos pubs y bares musicales, que parecían competir por cuál de ellos podía poner la música más fuerte. Atravesar aquella calle en las horas de máximo bullicio —a eso de las dos de la mañana— suponía adentrarse en una estruendosa maraña musical en la que se entremezclaban, confundiéndose unas con otras, las diversas canciones que provenían de los distintos bares, sin que casi se pudiera distinguir de qué bar procedía cada una de ellas. Los coches, entonces, todavía podían circular por la calzada, pero, entre la gente que solía agolparse a la entrada de los bares y lo estrecho de la vía, únicamente podían avanzar a medida que el público se iba apartando para dejarles pasar, convirtiendo la calle en una especie de pasarela por la que iban desfilando a cuentagotas los coches de quienes perseguían, como primer objetivo de la noche, que la gente les pudiera ver y, en cierto modo, anunciar que esa noche se les podría localizar en alguno de los locales de costumbre.

El Prisma era y continúa siendo uno de los bares nocturnos más emblemáticos del lugar, y el primero al que acudíamos mis amigos y yo cuando salíamos de fiesta en Sitges. Cuando llegué esa noche, apenas había gente conocida; unas cincuenta personas mal contadas, y nadie con quien yo guardara una relación cercana. Sin embar-

cambiado bastante y ya no es lo que era. Hoy podemos encontrar allí, junto a los bares musicales que todavía subsisten, otros negocios variopintos que serían impensables en aquel entonces.

go, eso no significó ningún freno para que pidiera una primera copa y esperase, mientras me la tomaba, a que apareciese alguien con quien poder juntarme, lo que casi con toda seguridad terminaría ocurriendo. Hasta entonces, podría charlar con Beppo, el dueño, o con cualquiera de los camareros, con los que me unía esa pseudoamistad que se suele forjar en los bares entre el personal más veterano del local y los clientes, digamos, «pata negra».

Así pues, pedí un vodka con limón y me senté en uno de los taburetes altos que había frente a la barra, mirando hacia la puerta de entrada, a través de cuyos cristales podía observar el movimiento que había en la calle.

Al cabo de unos veinte minutos, vi que llegaban al bar cuatro amigos míos. En realidad, sería más apropiado hablar de amiguetes, compinches o compañeros de correrías que no de verdaderos amigos; lo que ocurre es que a esas edades tendemos a abrir generosamente la puerta de la amistad, permitiendo que entren por ella personas que apenas conocemos y con las que simplemente nos llevamos bien o quizá hemos compartido algunos buenos momentos, generalmente juergas. Estas personas, en la gran mayoría de los casos, acaban ocupando el lugar que realmente les corresponde en nuestras vidas, que no es, desde luego, el mismo que ocupan nuestros amigos verdaderos.

En cualquier caso, en cuanto me vieron a través de la cristalera, entraron en el bar y, como si ya no les hiciera falta ver a nadie más, se acercaron todos para saludarme.

Acto seguido, hicieron lo propio con Silvia, que era la camarera que estaba aquella noche en el Prisma y que, al no tener excesivo trabajo, se había quedado charlando conmigo tras haberme servido la bebida que le había pedido al llegar. Aprovecharon para pedirle ellos también una copa cada uno, y yo me apresuré a terminar de un trago lo que quedaba de la mía para, en seguida, levantar el vaso vacío y mostrárselo a Silvia, indicándole con ese gesto que también a mí me pusiera otra.²

A esas horas, la música era buena, como siempre pasaba en el Prisma. Todavía no sonaban los éxitos del momento, ya que Álex, el disc-jockey, esperaba hasta que el local se llenase un poco más para pinchar esos temas. Mientras tanto, iba poniendo canciones un poco más tranquilas, de esas que no te hacen bailar, pero sí te

2. Siempre me han llamado la atención determinadas conductas características de la noche que no encuentran fácil explicación desde un punto de vista racional. Una de ellas es terminarse de un trago lo que te queda de copa antes de abandonar un local o cuando se pide una siguiente ronda, como si te fueran a sancionar por dejar algo en el vaso; y la otra, más extraña si cabe, es el hecho de ir bebiendo las copas a sorbitos minúsculos y ridículos, a traguitos que vamos dando de vez en cuando a la copa y que, evidentemente, no persiguen apagar una hipotética —y realmente inexistente— sensación de sed, sino algo distinto que se me escapa. Es como si buscáramos adoptar un *look* concreto, una pose en la que resulte indispensable sostener una copa en la mano y sorberla esporádicamente aun sin tener sed, y aun cuando, pasado un tiempo, esa bebida se haya convertido en una especie de caldo caliente imbebible.

invitan a ir siguiendo su ritmo con un suave balanceo del cuerpo, incluso estando sentado.

El ambiente en Sitges estaba bastante apagado aquella noche, y no pintaba que la cosa fuera a mejorar. Comentamos con Silvia que era raro que hubiera tan poca gente, y nos dijo que probablemente muchos estarían en Barcelona, en una fiesta que había en la discoteca Up & Down. Ninguno de nosotros sabíamos nada de aquella fiesta,³ que, en cualquier caso, nos abría una nueva posibilidad para aquella noche en principio sin atractivo especial alguno, por lo que propuse que fuéramos a la misma. La idea únicamente le pareció bien a uno de ellos, a Willy; mientras que los demás decidieron que les daba pereza ir hasta Barcelona y que preferían quedarse en el pueblo, a ver si la cosa mejoraba; y si ello no ocurría, se irían a dormir y santas pascuas, pues para salir había más días que longanizas. En cambio, a Willy y a mí nos pudieron más las ganas de aprovechar también aquella noche y de ir a buscar la diversión allí donde estuviera; así que, tras terminarnos las copas que estábamos tomando, nos despedimos de los tres que allí se quedaron, cogimos mi coche y pusimos rumbo a Barcelona.

3. En 1983 no existían los teléfonos móviles ni las redes sociales, de manera que, para enterarte de si había alguna fiesta en algún sitio, dependías básicamente de que te llegaran voces sobre el evento por el sistema del «boca a boca».

La discoteca Up & Down era, a principios de los años ochenta, la que estaba más de moda entre los jóvenes —y no tan jóvenes— de la parte alta de Barcelona. Era prácticamente imposible ir allí y que no conocieras a la mitad de la gente, y más si había alguna fiesta, como así ocurría aquella noche.

El primer paso era lograr entrar gratis. Eso no era un problema para mí, ya que tenía «pase» (un carnet que me daba acceso libre al local); pero no era ese el caso de Willy. Por supuesto, pagar la entrada no era una opción, no por el coste de la misma, sino porque pagar entrada en una discoteca, la que fuera, era como una suerte de deshonor por el que nadie estaba dispuesto a pasar. Así las cosas, utilizamos algunos de los mil sistemas diferentes que teníamos para conseguir entrar sin pagar, lo cual no nos hizo perder más de cinco minutos. Una vez adentro, el siguiente paso era conseguir copas gratis. El tema de la bebida no era como el de la entrada (que no pagaba casi nadie), pero los habituales de la noche nos las ingeniábamos también para no pagar la mayoría de las copas que consumíamos, generalmente a base de hacer buenas migas con alguna camarera o camarero de cada uno de los locales que solíamos frecuentar. De hecho, era raro que en los bares y discotecas por los que yo me movía no tuviera algún portero amigo que me dejara pasar y/o alguna camarera o camarero que me invitara, al menos, a la mitad de las consumiciones que pidiera, que normalmente no eran pocas.

La discoteca estaba a reventar. Como era de esperar,

tanto Willy como yo nos encontramos con numerosos amigos y conocidos, lo que hacía que continuamente nos desperdigásemos para pulular por la sala cada uno a su aire, mezclándonos con unos y con otros.

Llevaría ya un par de horas dentro del local cuando me fijé en una chica que estaba bailando muy cerca de mí, junto a otra que parecía su amiga. Era verdaderamente atractiva, de mediana estatura, larga melena rubia y ojos de un color azul intenso, que se apreciaba doblemente cuando el disc-jockey accionaba el *flash* en la pista de baile o cuando un foco de luz clara iluminaba bruscamente su cara. Además, su cuerpo estaba en perfecta sintonía con su estatura, de manera que sus proporciones eran prácticamente inmejorables. Me quedé un buen rato observándola. Mi experiencia me decía que las chicas como aquella, normalmente ya tenían pareja, por lo que aguardé un rato para comprobar si aparecía en escena el maromo de turno. Durante cinco o diez minutos, sólo se les acercaron un momento otras dos chicas, que les comentaron alguna cosa y se marcharon rápidamente. Ella y su amiga continuaron en la pista bailando, hablando entre ellas y riéndose constantemente, demostrando a todas luces que se lo estaban pasando bien.

Como seguía sin asomar por allí ningún presunto novio o similar, decidí abordarla sin mayor dilación. Para ello, me la quedé mirando fijamente, con total descaro y sin permitir que nada ni nadie pudiera distraer ni medio segundo mi mirada de su objetivo, como si fuera un felino que acaba de seleccionar a su futura

víctima. Intencionadamente, aparté de mí todo atisbo de recato, pues precisamente, lo que perseguía era que ella percibiera mi perturbadora desfachatez.

La primera vez que su mirada se cruzó con la mía, el encuentro fue fugaz, casi de pasada, y ella no pareció prestarme la más mínima atención; pero, al poco rato, guio expresamente sus ojos hasta mí, como queriendo comprobar si todavía continuaba mirándola con la misma fijeza y descaro que hacía unos segundos le había parecido apreciar. Sus sospechas, evidentemente, se confirmaron: allí estaba yo, inamovible, sin dejar de mirarla y dedicándole una sonrisa cargada de malicia que tenía perfectamente estudiada. Mi actitud provocadora no pareció incomodarla, sino más bien lo contrario, pues me lanzó una tímida sonrisa y se giró ligeramente para continuar bailando, a sabiendas ahora de que yo la continuaría observando. Tardó unos pocos segundos en acercarse a su amiga para decirle algo, y ésta, a continuación, levantó la cabeza para buscarme como de reojo, con un disimulo mucho más pretendido que exitoso. A continuación, volvió a mirar a su amiga, y las dos se sonrieron mutuamente, con un claro gesto de complicidad. La siguiente vez que la chica de la melena rubia me buscó, ya me aguantó la mirada el tiempo suficiente como para recompensar mi perseverancia con una sonrisa mucho más amplia y reveladora, con la que parecía invitarme a que me acercara a hablar con ella.

Como ni la vergüenza ni la timidez se contaban entre mis fuertes, aquello fue la señal definitiva que necesitaba para abordarla. Me aproximé hasta donde estaba

bailando y, sin más, la saludé y le pregunté cómo se llamaba. Nada más presentarnos mutuamente, la invité a tomar una copa, a lo que accedió en seguida. Fuimos a la barra y pedimos un vodka con naranja para ella y otro con limón, el enésimo de la noche, para mí. Yo me desenvolvía más o menos bien en aquellas artes, pues era buen conversador y un chico más bien simpático. Con la excusa de tener que hablarle al oído para que me oyera (dado el volumen al que estaba la música), aprovechaba cada vez para acercar su cuerpo al mío y rodearle el cuello, la espalda o la cintura con mi brazo en todo momento, lo que ella tampoco rehuía en absoluto. Era una técnica tan vieja como el comer, pero seguía funcionando. La atracción mutua que sentíamos era evidente, y se transmitía a través de la forma en que nos mirábamos a los ojos y en que ella se reía con cualquier cosa que le contara. Incluso le hacía gracia que empezara a balbucear a causa de la gran cantidad de alcohol que ya me había tomado a aquellas horas, que provocaba que me patinara la lengua al hablar y me encallase en alguna palabra.

Aun así, yo continuaba bebiendo como si tuviera que demostrarle alguna cosa. En el tiempo que estuvimos juntos, ella se tomó una copa y dejó en el vaso más de la mitad de la segunda que le pedí, mientras que yo ya iría por la tercera o la cuarta cuando se presentó su amiga para decirle que ella y las demás amigas con las que habían venido ya se querían ir. Me la presentó, y estuvimos apenas cuatro o cinco minutos charlando los tres, hasta que mi pretendida conquista me dijo que se

tenía que ir. Traté de convencerla para que se quedara conmigo, diciéndole que luego la acompañaría yo hasta su casa; pero todos mis intentos fueron inútiles, ya que, según decía, no podía dejar sola a su amiga. Me dio su teléfono para que la llamara la próxima semana para quedar un día, se despidió de mí y, sin más, se marchó con la susodicha.

Por un lado, me supo mal quedarme aquella noche sin la recompensa que había perseguido; pero, por otro, estaba convencido de que tendría más oportunidades con aquella chica, a la que, a buen seguro, llamaría la semana siguiente. Me guardé en el bolsillo del pantalón el papel en el que me había apuntado su nombre y su teléfono, y miré a ver quién quedaba todavía por la discoteca. Vi a Willy, que estaba charlando con un amigo al borde de la pista, sosteniendo cada uno de ellos una copa en la mano, por lo que me acerqué hasta donde se encontraban y me quedé con ellos. Tardé poco en pavonearme todo lo que pude contándoles la historia que acababa de tener con una chica que estaba como un tren —por supuesto, añadí bastante salsa de mi propia cosecha— y que se acababa de marchar en aquel momento, no sin antes haberme dado su teléfono.

Decidimos tomarnos una última copa antes de marcharnos, lo que no tenía mucho sentido, dada la hora que era (cerca de las seis de la mañana) y que aquello no tenía pinta de prolongarse mucho más. La mayoría de la gente ya se había marchado, y empezábamos a quedar los típicos cuatro gatos que apuran las discotecas hasta el último minuto, como si no tuvieran casa adonde ir o lugar

donde recogerse. Willy no parecía haber bebido tanto como yo, que llevaba realmente una turca de campeonato y ya había llegado a ese punto en el que me tenía que concentrar para evitar echar la primera papilla. Sin embargo, ajeno a cualquier atisbo de cordura, y como si el hecho de rechazar una copa pudiera arruinar mi pretendida —y ridícula— fama de bebedor empedernido y que nunca tiene suficiente, acepté esa última copa que me ofreció Willy, y que ya nos tuvimos que terminar en la calle, tras indicarnos los camareros que debíamos ir abandonando el local.

Como solía pasar a la salida de las discotecas después de ser cerradas, se formó allí una suerte de corrillo con los despojos que quedábamos de la noche. En esas reuniones improvisadas normalmente te enterabas de los locales que todavía podían estar abiertos o de cualquier sitio en el que pudiera seguir la fiesta. Pero, aquel día, yo ya había tenido suficiente, así que, ya casi sin poder hablar, le dije a Willy que, por mí, podíamos irnos a dormir, a lo que no puso objeción alguna. Le propuse que nos quedáramos en Barcelona, en cualquier hotel, pues estaba muy cansado y ya sólo pensaba en meterme en la cama. Yo no quería conducir hasta Sitges; pero si no quería no era por prudencia o responsabilidad, por saber que en mi estado no podía ni debía hacerlo, sino simplemente para no tener que esperar tanto tiempo para poder acostarme. En aquella época, la inconsciencia era nuestra fiel compañera de todas las noches, y no nos permitía plantearnos siquiera la posibilidad de no conducir por el hecho de haber bebido. Lo hacíamos

constantemente, cada vez que salíamos. Incluso cuanto más borracho iba el conductor, más gracia parecía hacernos a los insensatos que le acompañábamos.

No, desde luego, lo que me empujaba a quedarme a dormir en Barcelona no era la prudencia o la sensatez, sino sólo la posibilidad que ello me brindaba de meterme en una cama lo antes posible.

Pero Willy prefirió volver a Sitges. Él estaba «bien» para conducir (lo que simplemente quería decir que se veía perfectamente capaz de conducir el coche de vuelta a casa), y me dijo que no le importaba en absoluto el que yo me fuera a dormir en el coche y que, consecuentemente, no le fuera a dar conversación alguna durante el viaje. Opinaba que era mejor regresar a nuestras casas y así despertarnos ya en Sitges al día siguiente, lo que tampoco me pareció una mala opción, teniendo en cuenta que enseguida caería como un tronco y que, a fin de cuentas, no me iba a enterar de nada hasta que me despertara en la puerta de mi casa.

Así que acepté su proposición y nos dirigimos a mi coche, un pequeño Seat 133 de color café con leche que habíamos aparcado a escasos metros. Willy ocupó el asiento del conductor, y yo me instalé directamente en el asiento trasero, donde podría echarme para dormir mejor. Willy encendió el radiocasete y empezó a sonar una canción en la que se oía el bullicio del público como fondo, lo cual indicaba que se trataba de algún tema grabado en directo. Aumentó el volumen justo antes de que se oyera la voz potente de una persona que, con notable entusiasmo, anunciaba el inicio del con-

cierto: «*Ladies and gentlemen... from Los Angeles, California... The Doors!*».

El riff de guitarra inicial del famoso *Roadhouse blues* de la banda de Jim Morrison arrancó con toda su virulencia y provocó que tanto Willy como yo, desde nuestros respectivos asientos, empezáramos a movernos a su ritmo como si estuviéramos en el mismísimo concierto, a pie de escenario. Aun así, dado mi estado, no aguanté sino apenas unos pocos acordes, y abandoné en seguida a Willy en nuestra particular *performance*, para ponerme definitivamente a dormir.

Al poco de arrancar, recuerdo que nos detuvimos en un semáforo. Pensé por un momento en Ana, que así se llamaba la chica que acababa de conocer aquella noche. Me había causado muy buena impresión, y sentía ganas de volver a verla. Decidí que la llamaría por la mañana, tras levantarme, para quedar con ella alguna noche de la semana siguiente.

A los pocos segundos, caí dormido.

Cuando estamos dormidos, perdemos la noción del tiempo. Al despertarnos, a menudo no sabemos cuánto rato hemos estado ausentes, y es por eso que, en ocasiones, tras haber dormido varias horas, nos parece que apenas han pasado unos minutos.

Cuando me desperté aquel día, tuve tiempo de pensar muchas cosas: en primer lugar, me di cuenta de que todavía estaba dentro del coche, estirado en el asiento trasero. Entonces recordé que estábamos volviendo a

Sitges desde el Up & Down, por lo que debíamos estar en algún punto del trayecto, quizá en el cinturón de Ronda,⁴ en la autovía de Castelldefels o en la carretera de las costas de Garraf. Verdaderamente, la capacidad que tiene nuestra mente para aportarnos información cuantiosa y variada en espacios de tiempo casi imperceptibles resulta asombrosa, pues todos esos pensamientos me vinieron perfectamente ordenados, pero a la vez en forma apresurada y repentina, en cuanto me desperté súbitamente a causa del frenazo.

Durante los escasos pero también interminables tres o cuatro segundos en los que escuché aquel sonido tan característico que emiten los neumáticos de un coche cuando se bloquean a gran velocidad y continúan deslizándose por el asfalto, como quejándose porque no logran detenerlo, además de todos aquellos pensamientos iniciales, todavía quedó margen para los que me invadieron a renglón seguido:

«Vamos a tener un accidente.»

«¡Estate preparado para el golpe!»

«¡Dios mío! ¡Si estamos en las costas, es posible que caigamos al mar!»

«¡Mis padres!»

«¿Voy a morir? ¿Qué se debe sentir? ¿Cómo será la muerte?»

Simultáneamente a mi angustiada actividad cere-

4. Actualmente, la ronda del Mig.

bral, recuerdo que cerré los ojos y me abandoné a lo que me deparara el futuro inmediato, soltando un afligido lamento, un «¡Noooooooooooooooo...!» que se prolongó hasta que quedó apagado por el estruendo del impacto.

Los momentos siguientes al accidente fueron confusos. Oí el estallido que se produjo por el choque, y noté que salía catapultado como si fuera un proyectil, pese a que no llegué a salir despedido fuera del habitáculo del coche. Fue algo así como si hubiera estado atrapado dentro del tambor de una lavadora. Cuando el coche quedó finalmente inmóvil, me percaté de que me encontraba en alguna parte de su interior, tumbado boca arriba. El coche se había convertido en un amasijo de chapa y hierros y yo sentía un dolor insufrible, aterrador, como nunca antes lo había conocido; pero tampoco acertaba a saber qué parte del cuerpo era la que me dolía exactamente. Creo que el dolor hizo que a ratos perdiese el conocimiento, pues aún hoy mantengo pequeñas lagunas en la memoria de aquel suceso. Podía mover los brazos y la cabeza, pero cualquier otro movimiento que intentara hacer con la intención de incorporarme intensificaba todavía más aquel dolor insoportable. Me di cuenta de que no podía mover las piernas y que tampoco las sentía, pero pensé que eso sería porque me las debía haber roto. Se me pasó por la cabeza que a lo mejor me había quedado parálítico, pero deseché la idea rápidamente: «¡No, hombre, no! ¡No pienses estas

cosas! ¡Seguro que es algo de lo que me recuperaré en unos días! Debo tener varias fracturas en las piernas, y por eso no me puedo mover».

Lo más desesperante era no poder moverme y que nadie me ayudara a salir del coche. Yo gritaba continuamente con tono lloroso: «¡Socorro!»; «¡sacadme de aquí!»; «¡que alguien me ayude, por favor!». Fueron unos segundos terribles, angustiosos, que se me hicieron eternos.

En seguida, Willy asomó su cabeza por alguna parte del amasijo de hierros y me preguntó si estaba bien. Sólo acerté a contestarle con los mismos gritos que no podía parar de repetir: «¡Sácame de aquí, sácame de aquí, joder!». Le dije que no me podía mover y le suplicaba que me ayudase, incapaz de comprender que no pudiera hacerlo, como sin duda ese era el caso.

—Tranquilo, Sebas... —me dijo él—. Ya vienen a ayudarnos... ¡Aguanta, tío, aguanta!

Willy no parecía haber sufrido daño alguno, aunque apenas me paré a pensar en ello. Supongo que, al verlo en buen estado, mi mente debió activar algún tipo de mecanismo de disociación que hizo que me despreocupara completamente de él y me preocupara exclusivamente de mí mismo. El pobre hacía lo único que podía: intentar calmarme y darme consuelo. Sí, recuerdo su rostro, que reflejaba la gravedad de la situación y una preocupación que no podía disimular.

—Tranquilo, Sebas. Ya llegan...

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que empecé a oír la sirena de un coche que se acercaba. Luego otra. Y

otra más. Por el mismo sitio por el que constantemente se iba asomando Willy, empezaron a aparecer ahora otras personas que se interesaban por mí, pero no podría decir si eran policías, personal sanitario o bomberos. Me preguntaban cosas y siempre terminaban diciendo lo mismo:

—Tranquilo, que enseguida te sacamos.

No alcanzo a recordar cómo llegaron a acceder hasta mí, ni cómo me sacaron finalmente del coche. Sí recuerdo, en cambio, estar colocado en una camilla desde la que pude reconocer el lugar en que me encontraba: estábamos en la recta de Castelldefels, la que había después de la autovía y justo antes de llegar a las costas del Garraf. Mi coche estaba ahí, completamente destrozado, volcado de medio lado en mitad de la calzada, a unos diez o quince metros de un árbol alto y grueso, con el tronco seriamente dañado como consecuencia del impacto recibido. Willy estaba a mi lado, de pie, hablándome.

Me metieron en una ambulancia y me llevaron a un hospital con las sirenas a todo volumen. Imagino que debieron suministrarme algún potente analgésico de rápido efecto, morfina o alguno de sus derivados probablemente, pues aquel terrible dolor que sentía cuando estaba dentro del coche parecía haber remitido bastante. Eso sí, seguía sin notarme las piernas y sin poder moverlas.

Supongo que en la ambulancia debí perder también el conocimiento, porque no recuerdo nada del trayecto. Lo siguiente que tengo registrado en la memoria es que

me metieron en un hospital y que me pasaron a una mesa de exploración. Allí, empezaron a cortarme la ropa con unas tijeras, primero el polo y luego los pantalones. «¡Vaya putada!», me dije. Me gustaban aquellos pantalones, y me dio pena ver cómo los tiraban a una especie de papelera. «El teléfono de Ana está en el bolsillo», pensé; pero como seguramente no podría quedar con ella la semana próxima, tampoco me importó demasiado. Ya la volvería a encontrar algún día...

No recuerdo nada más de la exploración. Creo que un médico me iba haciendo preguntas a medida que me iba explorando. La siguiente imagen que guardo es la de estar en una cama, dentro de una especie de habitación, rodeado de enfermeras y enfermeros que me iban conectando a diversos aparatos. Me colocaron una o varias vías, y había muchos monitores a mi alrededor. No sentía apenas dolor. Entró un médico y me explicó que había tenido un accidente grave y que parecía que había sufrido una lesión medular importante, pero que todavía era pronto para conocer el alcance real de la misma, y que habría que hacer varias pruebas antes de poder hacer una valoración más certera. En mi natural optimismo, interpreté aquellas palabras como si lo que me hubieran dicho realmente fuera que había sufrido un accidente grave a raíz del cual era posible que tuviera que estar algún tiempo sin poderme mover. No podía ser otra cosa. Había que tener paciencia...

La primera persona conocida que vi entrar en esa «habitación» en que me habían dejado —que más adelante supe que era un box de la unidad de cuidados in-

tensivos (UCI) del hospital Valle de Hebrón— fue mi padre. Jamás olvidaré ese momento, ni la expresión que puso al verme y cómo ésta le cambió en menos de un segundo. Entró con una sonrisa con la que sin duda pretendía desdramatizar la situación e infundirme ánimos, pero esa expresión alegre sólo logró mantenerla el tiempo justo que empleó en saludarme con un: «¡Hijo!».

Casi sin poder acabar el saludo, su sonrisa se tornó en un indeseado gemido que no pudo controlar. Trató de disimularlo girando rápidamente sobre sí mismo en la misma puerta del box, pero no pudo evitar que yo me diera cuenta de que se tuvo que contener para no echarse a llorar. Estaba claro que se había preparado para intentar protegerme de la realidad y para no alarmarme, y que todo se le había venido abajo en cuanto me vio. Como médico que era, él ya se había informado sobre la lesión que había sufrido y conocía perfectamente su gravedad y las consecuencias que podía conllevar, y aquello fue superior a sus fuerzas. Mas debió pensar que no podía fallarme en un momento como aquel: su hijo le necesitaba más que nunca, y él no podía derrumbarse justo en esos momentos. Así que, imagino que, haciendo un enorme esfuerzo emocional —mi padre era una persona a la que le costaba mucho esconder sus sentimientos—, se sobrepuso rápidamente a su momento de flaqueza y, como mejor pudo, se acercó a mi lado y me dio un beso.

Detrás de él entró mi madre, absolutamente conster-nada, con un semblante que parecía aunar sentimientos diversos de tristeza, de temor y, a la vez, de esperanza y

fe en que todo aquello quedaría finalmente en un susto de consideración.

Por lo que luego pude averiguar, las visitas estaban muy restringidas en los boxes de la UCI; sin embargo, mi padre no se separó de mí ni un instante durante los días siguientes al accidente. Más adelante supe que había pedido a sus colegas del hospital que así se lo permitieran, y que éstos habían accedido gustosamente. Mi madre también pasó conmigo mucho más tiempo del estrictamente permitido, aunque, lógicamente, en ocasiones la hacían salir un rato a la sala de espera.

Ese mismo día, por la mañana, recibí la primera visita de los médicos del hospital. Eran tres médicos, y mis padres estaban conmigo mientras me iban informando. En esencia, me dijeron lo mismo que el que me había explorado en la sala de urgencias: que había que esperar a ver cómo evolucionaba todo, ya que tenía un fuerte edema que impedía conocer el verdadero alcance de la lesión. Como novedad, me dijeron que me tenían que operar para corregir la fractura y que lo harían lo antes posible, quizá en uno o dos días. Con una aguja, uno de ellos comenzó a pincharme por los pies y fue subiendo por las piernas. Se trataba de averiguar a qué altura empezaba a notar los pinchazos, y eso no ocurrió hasta que llegó más o menos a mi cintura. Luego, esta exploración se convirtió en una constante cada vez que me visitaban los médicos.

A los pocos días me operaron y me fijaron la fractura de la columna con unas barras, llamadas de Harrington. Tras la operación, me devolvieron a la UCI, y allí pasé tres o cuatro días que recuerdo con horror, volviendo a sentir día y noche un dolor insufrible, similar o peor al que había padecido al tener el accidente, que sólo desaparecía cuando los médicos, con mucha menor frecuencia de la que yo solicitaba, autorizaban que me suministrasen pentazocina.⁵

Cuando me recuperé de la operación y pude abandonar la UCI, me trasladaron a la unidad de lesionados medulares del propio hospital Valle de Hebrón, donde permanecí ingresado algo más de tres meses.

Al principio, no sabía muy bien qué pensar. No acababa de hacerme a la idea de que no volvería a andar, aunque, lógicamente, la posibilidad estaba ahí. Pero eso no podía ser, no podía pasarme eso a mí. A lo largo de mi vida había sido una constante pensar que las cosas, por muy difíciles que se pusieran o por imposible que pareciera encontrarles una solución, siempre terminaban por arreglarse. Y seguro que esta vez la cosa no iba a ser diferente. Los médicos no descartaban que me recuperase; aún decían cosas como: «Todavía es pronto para

5. La pentazocina es un potente narcótico opiáceo que se utiliza en medicina como analgésico y que puede provocar una fuerte dependencia, motivo por el que los médicos dosificaban adecuadamente su administración.

conocer el alcance definitivo de la lesión»; y «Hay que esperar a que baje el edema causado por la contusión». Mi madre, pobre, veía avances por todos lados. «¡Has movido un dedo!», exclamaba cada vez que se me movía el dedo gordo del pie, de forma totalmente refleja. «¡Eso es muy buena señal!». Se pasaba los días comprobando si había recuperado un triste milímetro de sensibilidad con la prueba de la aguja o directamente tocándome con un dedo, y también provocándome el reflejo de Babinski.⁶

Todo ello, junto con los ánimos que recibía por doquier y mi natural optimismo, hacía que estuviera casi convencido de que tarde o temprano todo volvería a la normalidad.

Pero los días iban pasando, y la incontestable realidad era que no se producía avance alguno...

Al cabo de un mes, el edema ya había desaparecido por completo, ya sabía que el reflejo de Babinski sólo servía para entretenerme y para crear una falsa ilusión inicial, y me había acostumbrado a convivir con mis compañeros de planta, que eran mucho más veteranos que yo y ninguno de ellos pensaba siquiera en la recuperación.

Poco a poco fui asumiendo la situación, y la esperan-

6. El reflejo de Babinski, o reflejo de Koch, es un movimiento reflejo que se provoca pasando un dedo, un nudillo o cualquier objeto más o menos sólido por la planta del pie, desde el talón hacia los dedos, y que hace que el dedo gordo del pie se dispare hacia arriba.